*Yo*

- Que arrechera esta vaina - me digo con el lápiz en la mano.

“Me levanto, cojo un cigarro y lo enciendo. Después me siento.

- ¡Coño'e la madre!

“Suelto el lápiz y miro a la pared. La pared no me dice nada. Lo levanto para escribir.

“¿Por qué no hay nada mejor que hacer?”, pienso. Y vuelvo a soltar el lápiz. Pero una sensación solitaria me dice que debo seguir adelante porque algo bueno está por suceder, y en cierta forma, la más cierta, creo yo, mi vida depende de eso. Un torbellino pasa por mi mente y apenas puedo respirar. Me desespero cada vez más, hasta que una sensación se convierte en una imagen.

“Abro la puerta de mi pequeña habitación de ese pueblo donde llegué para intentar encausar el caudal de una juventud descarriada. Era un sitio con cielo, estrellas y un agujero que alguna vez hizo algún viejo para iluminar alguna reunión mientras le contaba sus historias a los jóvenes de la comunidad.

“En eso observo un hombre parado enfrente. A esas horas y sin chaqueta, con un pie apoyado en la pared mientras fuma un cigarrillo imposible. Impasible, él no me mira. Parecía tener todo resuelto, incluso su muerte. Porque, ¿quién que no prevea su muerte podría tener tan buen semblante? Posiblemente otro que nunca haya pensado en nada, y menos en la muerte, pero en estos tiempos en que la sociedad moderna nos ha permitido el ocio y la arrogancia a algunos, que se contagia al pensar... es difícil entonces pensar que alguien no piense en estos tiempos, o que el que piensa más allá de su beneficio no tenga ansias de sentir que todo cambie ya.

“Yo observo al hombre que no sabe que lo observo, y si lo sabe no parece importarle en lo más mínimo. Entonces decido ir para ver qué es lo que es.

- Hey amigo - se me escapa la frase que siempre uso. La de un hombre definitivamente bueno.

“Tengo que usar otra”, pienso, “la de alguien completamente malo, tengo que ser malo para que una historia surja”.

- Epa, tú.

- ¿Habla conmigo?

- Claro imbécil, no hay nadie más.

- Todavía no, pero dentro de un rato habrá.

- ¿Nunca te han matado por andar prediciendo cosas? -digo, y después pienso que hay algo incoherente en esa frase.

- No, todavía no. Pero creo que esta noche será la primera vez.

Observo un poco al tipo para ver si trata de burlarse de mí, pero parece serio.

- Si no te quitas ahora te puedes morir antes de que te…

- Igual voy a morirme hoy –dice, antes de que pueda corregirme yo mismo.

Yo no entiendo nada, no es lo que me esperaba.

- Me voy a parar en la entrada de aquella puerta a esperar para ver cómo te mueres, y si no te mueres, te voy a matar.

- De acuerdo -contesta el tipo, imperturbable, cosa que sigue molestándome.

Llego hasta la entrada de mi cuarto. Veo la máquina de escribir a un lado como siempre. Nunca la uso, pero esta vez me decido por ella. Comienzo:

“Bajo la luz débil de un cansado silencio evitando el recuerdo y el flujo del tiempo como si navegara en un río desbordado que arrastra pedazos de casas y escombros, un tipo apoyado en un poste, justo en medio de la noche arroja un cigarrillo al suelo mientras espera su muerte. La luna, las estrellas, la calle, el campo. El hombre realmente no va a morir solo.

“Un auto grande y con vidrios oscuros aparece rodando desde el comienzo de la calle, poco a poco, hasta detenerse frente a él. El tipo alza la mirada hacia la ventana. El vidrio de la ventana comienza a bajar y al final sale una mano de mujer empuñando un arma grande y pesada. Suena un disparo, el auto arranca, se detiene pocos metros después. La mujer sale, corre hasta el hombre y lo abraza, lo besa, lo acaricia, se llena de sangre como si algo en ella hubiera muerto también.

Me parece que tarda mucho tiempo ahí lamentándose, así que decido acercarme hasta la mujer y el cadáver.

- Ya está muerto -le digo-, no podrás revivirlo.

- Lo sé, es que lo amaba.

- ¿Entonces por qué lo mató?

- Porque su vida dependía de mí y no quería tener más ese poder.

- No, lo mataste porque yo estoy escribiendo esta historia y nadie más lo sabe.

- Yo a usted no lo conozco.

- Claro que sí, suelta eso, ven conmigo.

- No puedo.

- Sí puedes.

La mujer se levanta, y apenas resistiéndose deja que la lleve hasta el cuarto. Cuando llegamos al cuarto la desnudo. Ella forcejea débilmente como quien trata de retardar algo inevitable, porque lo desea. El comportamiento de rutina. Mientras le quito la ropa y la beso, ella, al mismo tiempo que no muestra interés, se entrega por completo. Hacemos el amor largo rato con la puerta abierta, a través de la cual veo el cadáver ensangrentado mientras estoy acostado con la mujer que lo amaba. La beso de nuevo, meto un dedo en su vagina, la sigo besando, sudamos, nos enredamos, le halo el cabello, apoyo un codo en la cama para ponerme sobre ella. La acaricio, la toco por aquí y por allá hasta que poco a poco voy descubriendo lo mismo de siempre que se siente tan diferente cada vez.

- Ya, ¿eso es todo?

- No, sigue.

“En eso el atropellado en la calle abre un ojo y comienza a levantarse. La bala lo ha herido fuertemente, pero no ha podido matarlo. Se estruja los ojos, limpia un poco de sangre su rostro. Nos mira desde allá pero no entiende nada. Se limpia un poco más la cara para ver mejor dentro de la habitación. Hasta que por fin se da cuenta que la mujer a mi lado era la suya. Entonces comienza a caminar. Mientras se acerca, la mujer duerme plácidamente y yo me siento orgulloso por un par de cosas que hice bien. El hombre se tambalea. Ni los perros ladran al oírlo, quizá por eso siento yo ese silencio tan extraño. Pero un auto pasa muy rápido y atropella al pobre hombre.

Escucho al auto detenerse unos metros más allá, justo antes del auto de la mujer, y luego oigo a alguien bajarse de él. Escucho al fulano caminar hasta la entrada de la puerta, por ser la única con luz a esas horas de la noche.

- ¿Por casualidad conoce al tipo que estaba cruzando la calle? -pregunta asomado al cuarto.

- No.

- Es que lo acabo de atropellar.

- Ya sé, yo lo vi. Ahora váyase, por favor, y tranque la puerta, que estoy descansando con mi mujer. Perro, bruja, hijo e puta, mal parío. Váyase antes de que salga y lo mate.

- Disculpe -dice muy decentemente y se retira cerrando la puerta tras de él. Siempre me pareció que fui muy grosero con él, pero que carajo, estos personajes que aparecen de repente para resolver un problema narrativo hay que despacharlos rapidito porque pueden ser un problema.

*En la barra*

- ¿Qué te parece? -preguntó el narrador sin licencia, cuando una música desagradable y comercial comenzó a sonar en la tasca.

- Es interesante. Me gustaría saber qué pasa después.